

ESTA entrada, posiblemente un tanto desabrida, viene a cuento, por ahora, a propósito de Julián Zugazagoitia y de su obra literaria y humana. Con ella se pretende denunciar el doble silencio que, desde 1939, se ha cerrado, primero, sobre la personalidad misma del bilbaíno y, luego, sobre la casi totalidad de su obra. Verdad que la censura oficial, la administrativa como era llamada eufemísticamente, ha sido la principal responsable de esta conspiración; pero, asimismo, es cierto que, al menos por omisión, otro sector de la opinión literaria y política, no oficial, ha coadyuvado eficazmente en la tarea. Otro tanto, como veremos, ha ocurrido con la figura de Juan Negrín; ahora es cuando, por fin, algunas voces del pensamiento socialista español comienzan a reivindicar la figura y el

El socialismo español ha tenido, y continúa teniendo, algunas figuras ocultas, ignoradas. Desde el punto de vista político y también desde el intelectual, dos nombres olvidados en las efemérides socialistas conservan un atractivo especial: Juan Negrín y Julián Zugazagoitia. De cualquier forma, y por encima de cualquier disputa, no es necesario insistir en la polémica surgida en torno a Largo Caballero (1); sus nombres ya están escritos en la crónica general de nuestro siglo XX. Negrín y Zugazagoitia, como tantos otros, están definitivamente unidos por un hecho decisivo: la guerra civil española. Quizá, ahora, lo que hasta la fecha sólo han sido intentos más o menos aislados puedan traducirse en una atención más rigurosa, no dogmática, a la trayectoria política y humana de estos dos socialistas excepcionales. Sus nombres merecen un puesto, el suyo, en el historial de su partido; pero, por encima de esta reivindicación sectorial, también han de ser reintegrados al lugar que les corresponde en nuestra historia contemporánea.

sia del Primer Plan Quinquenal, así como la huella que dejó en su ánimo la celebración en la plaza Roja de Moscú del XIV Aniversario de la Revolución de octubre y, sobre todo, el desfile de "un millón de trabajadores llevando miles de banderas... Son cosas para vistas más que para ser contadas".

Según Gil Casado, Zugazagoitia quiso dedicar un tríptico biográfico a grandes personalidades del socialismo español: Pablo Iglesias y Tomás Meabe; al lado de ellos, la trilogía se completaba con *Una vida anónima* (6), en la que el protagonista es un personaje de ficción, Fermín Olarte, pero de perfiles autobiográficos (7). Tras esta empresa literario-realista, Zugazagoitia iniciaría otra trilogía, absolutamente novelesca, "Trilogía de los trabajos", de la que sólo verían la luz de

JULIAN ZUGAZAGOITIA Y LA GUERRA CIVIL

recuerdo del fisiólogo canario. (F. Bustelo. Prólogo a la edición de la obra fundamental de J. Z. Barcelona, 1977.)

El bilbaíno, nacido con el siglo (2), dedicó desde edad muy temprana toda su vida a dos ideales: el socialismo y la pluma; en 1920 ya presidía la Juventud Socialista de Bilbao, y en 1921 dirigía la publicación *La lucha de clases*. En el mes de abril de 1931 era elegido concejal del Ayuntamiento de su ciudad natal, hecho con el que prácticamente se inicia su vida política pública, cuyos comienzos no fueron muy afortunados, puesto que su candidatura a las Constituyentes de 1931 y, más tarde, a las legislativas de 1933 sería derrotada. Hasta llegar al Frente Popular de 1936, en el que por fin saldría triunfante, en compañía de Indalecio Prieto, Ruiz Funes y Leandro Cano. Durante la guerra civil, son datos bien conocidos, Julián Zugazagoitia sería ministro del Interior, al lado de Juan Negrín, desde mayo de 1937 hasta abril de 1938, y, desde esta última fecha hasta final de la contienda, desempeñaría la Secretaría General de Defensa Nacional.

Esta fue, muy escuetamente resumida, la trayectoria política de Zugazagoitia. Un hombre cuyos documentos fotográficos nos devuelven la imagen casi arquetípica del intelectual de izquierdas de los años treinta: chapela vasca, gafas de concha, gran corbata de pajarita lindando con la chalina, pañuelo que desborda por el bolsillo superior de la chaqueta, firme trazado en unos labios irónicos y ojos entreabiertos de mirada muy penetrante.

Como escritor, junto a su funda-

mental tarea periodística, en la que evidentemente destaca su labor como director de *El Socialista*, ejercida desde 1932 a 1937, tiene una obra importante como ensayista, biógrafo y novelista, prácticamente

ignorada por las generaciones actuales. Entre las biografías destacan por su sensibilidad y devoción las dedicadas a su gran personaje y ejemplo permanente: Pablo Igle-

sias (3). De sus crónicas viajeras es de señalar su *Rusia al día* (4), fruto de una experiencia directa, cuyas impresiones también recogería en *Leviatán* (5), páginas de absoluta ecuanimidad, teñidas, en un princi-

pio, de lógica prevención, la cual fue diluyéndose en los treinta días que duró su estancia en la Unión Soviética. No pudo ser más favorable la impresión que le causó la Rusia (9).

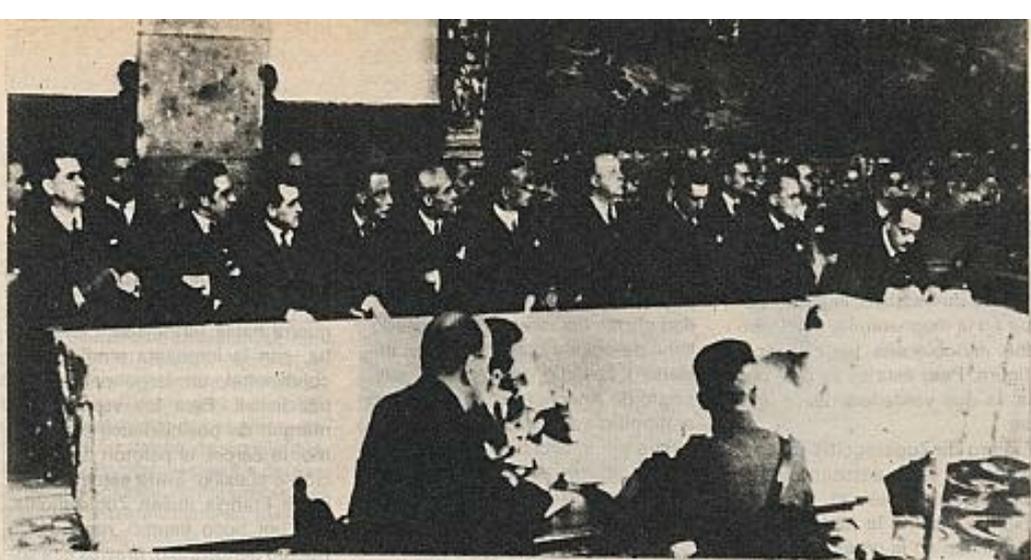
la imprenta y de las librerías *El botín* (1929) y *El asalto* (1930). La primera de ellas tiene como telón de fondo la huelga de 1917: "La narración recoge sucesos de la huelga de Bilbao de 1917 y señala, como fondo y contraste, el enriquecimiento que la primera guerra mundial trajo a los industriales bilbaínos" (8). La novelización del protagonista, Antonio Zúñiga, esta impregnada de las modas naturalistas de la época, pero no deja de tener una curiosa influencia entre noeliana y solanesca, en la que la España de la huelga es desbordada, en un final amargo, por la España del esperpento; "Una faena de Joselito", se titula el capítulo que cierra el relato, concluido con vivas y brindis a España y a su Ejército, porque, escribe Zugazagoitia en su párrafo postrero, "la hoguera de Rusia no se había encendido todavía..." (9).

El asalto (10), según Gil Casado, es la novelización del socialismo en el País Vasco desde 1886 hasta finales de 1903, "o sea, el período en que los socialistas tenían en Bilbao la exclusiva del movimiento obrero" (11). Resulta, pues, innegable que en la producción literaria de Zugazagoitia van de la par sus inquietudes intelectuales con su dedicación política, con su vocación socialista. Desgraciadamente queda todavía por hacer un examen profundo y una compilación de sus trabajos periodísticos, firmados, anónimos o con pseudónimos, como el de Fermín Mendieta, que utilizaba para sus colaboraciones en *La Vanguardia* de Barcelona en los últimos meses de la guerra civil.

Roberto Mesa



Julián Zugazagoitia.



Primer Gobierno de Negrín, en el que Zugazagoitia (quinto por la derecha) ocupaba la cartera de Gobernación.



Los juicios que sobre Zugazagoitia emite Indalecio Prieto (izquierda) suscitan su paso del prietismo al negrinismo. En la foto de la derecha: Juan Negrín.

neos opinaron sobre Zugazagoitia; entre ellos, lógicamente, su paisano Indalecio Prieto (12); juicio que suscita una de las historias aún pendientes de solución: el paso de Zugazagoitia del prietismo al negrinismo. Posiblemente aquí se encuentre alguna respuesta al silencio que el socialismo ha hecho sobre la vida y la obra de nuestro personaje.

Manuel Azaña, que desde su olimpo particular anatemizaba a sus inferiores, no fue particularmente benévolo con el bilbaíno; aunque no es ningún secreto que uno de los rasgos temperamentales que caracterizaron al Presidente fue la absoluta arbitrariedad de sus opiniones sobre sus semejantes, su lúcida razón tantas veces sometida a fobias y a filias irracionales (13).

También en esto compartió su destino Zugazagoitia con Juan Negrín; los dos desconocidos, pero, cuando son aludidos, gratuitamente denostados. Recientemente, tras el camino abierto por Juan Marichal, que habla del catedrático de Fisiología como la segunda revelación del período 1931-1939, tras la de Manuel Azaña, y lo caracteriza con "una capacidad insospecha-

da para el gobierno" (14), uno de sus más íntimos colaboradores, ministro de Justicia en uno de sus Gabinetes, ha subrayado una de las notas que quizá más han contribuido al amordazamiento de su recuerdo: "Enamorado de la democracia comprendió que para salvarla era preciso renovar viejas fórmulas anquilosadas y su sentido práctico, en constante elaboración de ideas, le impedía caer en el quietismo suicida de los que no disponían de otro bagaje mental que catecismos de vía estrecha" (15). El mismo Mariano Ansó ha señalado certeramente la estrecha intimidad que, a lo largo de la guerra, se forjó entre el fisiólogo Negrín y el periodista Zugazagoitia; dos de los hombres de gobierno más importantes y compenetrados con que el socialismo español contribuyó al esfuerzo de guerra y, por qué no decirlo también, a su casi imposible humanización (16). Nadie discute la tarea llevada a cabo por Zugazagoitia para poner fin a los excesos cometidos en los primeros tiempos en el bando republicano, tanto desde las páginas de *El Socialista*, como, durante el tiempo que ocupó el cargo, desde el Ministerio del Interior.

No obstante, durante largo tiempo, la torpeza y, a veces, el oportunismo de partido, ha sepultado la visión ideológica de estos dos hombres. Algunos de sus rivales, dentro de su mismo partido, reafirmaron su juicio maniqueo; pero, como en el caso de Prieto, la muerte ya se había interpuesto entre ambos y, por otra parte, tampoco se hizo gran cosa para divulgar la rectificación (17).

Hay que llegar, pues, a la conclusión, por otra parte, ya bien puesta de manifiesto por la historiografía especializada, que la guerra civil no sólo provocó un enfrentamiento entre ambos bandos, sino que también en el campo republicano florecieron las divisiones y los enfrentamientos. Para muchos republicanos, Negrín y sus seguidores han simbolizado injustamente el entreguismo a las directrices del Partido Comunista; ciertamente, hay otra interpretación de signo contrario: la formulación de una política unitaria que era la única válida para la defensa de la República y la victoria militar. El tema, así como el paralelo inevitable, Revolución versus guerra, está aún abierto a la discusión, pero en modo alguno al ocultamiento o a la manipulación.

Aquí, precisamente, en las distintas interpretaciones sobre el modo de conducir la guerra e incluso las hipotéticas negociaciones (18), es donde hay que profundizar para emplazar en el lugar que le corresponde a cada uno de los protagonistas del bando republicano. En lo concerniente a Juan Negrín, no en balde, y en ello hay que coincidir con Marichal, se reveló inesperadamente como uno de los hombres de Estado más valiosos de la España contemporánea. Julián Zugazagoitia, de amplia visión y concepciones políticas, incrustado primero en su equipo de gobierno como peón prietista, se solidarizó inmediatamente con sus planteamientos haciéndolos completamente suyos.

Pero Julián Zugazagoitia, además de protagonista comprometido en la contienda, fue también

bién cronista de excepción. Hace pocos años, al reimprimirse en París su *Historia de la guerra en España* (19) y redactar yo mismo unas páginas muy breves a modo de prólogo, tenía muy frescas en la retina las imágenes de Zuga. No podía imaginar que años después tendría que repetir la empresa. Ayer como hoy, sigo pensando que se trata de un texto excepcional sobre nuestra guerra civil. Y que, como el lector verá, las circunstancias personales que se dieron en su redactor hacen todavía más verídico e imparcial su relato y su juicio. Ahora bien, las circunstancias entre ambas reimpresiones, de 1968 a 1976, han cambiado de tal manera que también las páginas de presentación deben ser distintas en la letra, que no en el espíritu.

A los lectores que ahora descubran este libro no dejará de sorprenderles su absoluta ecuanimidad, que no quiere decir asepsia, ni tampoco neutralismo. Zuga, como sus camaradas siempre le llamaron, supo colocar por encima de la fidelidad al partido, al suyo, la causa de toda la clase obrera española. En sus páginas, expresa nítidamente cuáles eran sus objetivos que, como hemos visto, eran los de Negrín: defender la República, frente al dilema República-revolución, y ganar humanitariamente la guerra para alcanzar una paz justa. Pero aquellos años eran sombríos para las democracias en lucha, como la española, y, en la misma proporción, eran vergonzantes para las democracias que claudicaban. España sólo era un nombre en la estela de relaciones; un capítulo más en el relato que se abre en Abisinia, continuaba en Austria y en Checoslovaquia, para ir a desembocar en Polonia.

En esta situación, el comportamiento político de Negrín se traduce en dos planos. En el primero, la Declaración de los Trece Puntos dados a conocer el 30 de abril de 1938 y que fue, al margen de valoraciones encontradas, el más completo programa de actuación del Gobierno republicano durante la guerra; también, en su respaldo, otro socialista olvidado, fallecido recientemente, Julio Álvarez del Vayo, que tan incansable labor realizaría en la Sociedad de Naciones. Consecuente con los fines enunciados en la Declaración, la articulación de un Ejército Popular fuerte y organizado; de donde vendría la estrecha amistad y colaboración entre Negrín y el general Vicente Rojo. En el plano internacional, otros dos objetivos: buscar la ayuda militar necesaria allí donde se ofreciese y emplear la contienda civil en el contexto político general de la Europa agredida por los fascismos.

Sobre el primer objetivo internacional, Zugazagoitia, poco sospechoso de "bolchevismo", no pudo ser en su crónica ni más exacto, ni tampoco más honesto, en páginas repetidas en más de una ocasión:

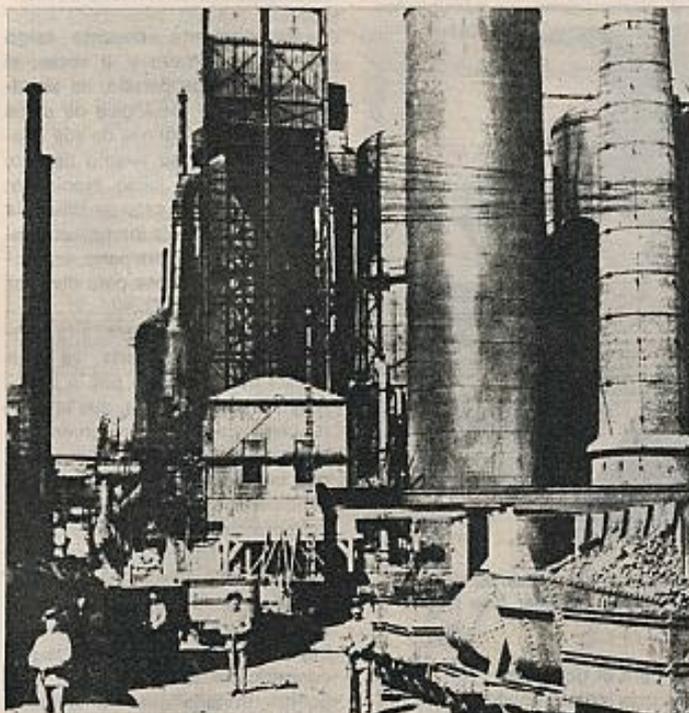
JULIÁN ZUGAZAGOITIA

"Es de Rusia de donde nos llega el único material que recibimos. No es un regalo revolucionario, sino una transacción mercantil, pero aun así no puede quedar excluida la gratitud. Sin esa transacción hace tiempo que la República hubiese perecido. Esta es una verdad que no se presta a discusión. Se la deja perderse, deliberadamente, entre los detalles: el precio, la lentitud de los envíos, las exigencias políticas, etcétera. ¿Es que esas condiciones no fueron tenidas en cuenta por los diferentes hombres que negociaron con Rusia? Imagino que sí; pero pienso, además, que a esos detalles, cuya importancia no menosprecio, se reunirían otros, a saber: el riesgo que corre la Unión Soviética, la merma que imponía a sus recursos bélicos y la zozobra diplomática en que por ayudarnos vivía. Alemania se ha dicho que 'arriesgó la guerra', aludiendo a su ayuda a los rebeldes. Es el caso de Rusia. No sé que eso pueda pagarse con dinero. Lo que sí sé es que España jamás hubiese aceptado un peligro semejante para ayudar a Rusia que es, aparte de la patria del proletariado, título en cuyo nombre se le piden todos los sacrificios inimaginables, una nación con fronteras e intereses concretos, de cuya custodia y defensa están encargados los rusos".

El segundo objetivo internacional, repetimos, es conectar la guerra civil española con toda la conflictividad europea, abierta o latente. Frente a la ceguera, o el egoísmo, de las democracias occidentales, dispuestas a sacrificar pueblo tras pueblo, a cambio de una paz cada vez más precaria en nombre de la llamada política de apaciguamiento, la visión absolutamente clara de que la guerra española era, como después fue justamente llamada, la introducción a la segunda guerra mundial. De ahí vienen los intentos de la diplomacia de Negrín, enfrentada en tantas cosas con las de Azaña, de sacar el conflicto de la órbita inoperante del Comité de No-Intervención de Londres y situarlo, empeño fracasado, en la competencia de la ginebrina Sociedad de Naciones; intento frustrado en el que tan denodadamente trabajaron Pablo de Azcárate y Julio Álvarez del Vayo (20). Cuando cae el frente catalán, como bien explica Zuga, todos los intentos de Negrín y de los partidos y jefes militares más responsables se dirigen a prolongar por todos los medios la contienda; crear una bolsa de resistencia que pudiese enlazar con el que fundadamente se consideraba inminente conflicto armado europeo. El primero de abril de 1939 finalizaba oficialmente la guerra civil española y el mes de septiembre comenzaba con la invasión alemana de Polonia. No eran

erróneos, en modo alguno, los cálculos de Negrín. La conjura madrileña en la que, como escribe Zugazagoitia, se aliaron "las luces de la filosofía" con "los brillos de la espada", no fue baldía. Ciertamente la muerte de Besteiro, ingenuo creyente en la magnanimidad del vencedor, ennoblecería para siempre su figura. Pero ésta es ya otra historia; la que verdaderamente tuvo lugar.

El libro de Zugazagoitia es ciertamente un texto partisan; pero, en absoluto, inocuo, ni tampoco maniqueo. Asume la parte de responsabilidad en la crueldad y en la ignominia desatadas; sin embargo, aún no se encuentra en el campo triunfante otra pluma que, con el



La huelga de Bilbao, en 1917, sirvió de telón de fondo a la novela de Zugazagoitia "El botín". En la foto: la Guardia Civil en los Altos Hornos.

vigor y la sinceridad que lo hizo Zugazagoitia, haya denunciado los crímenes, las venganzas y los "paseos". Basta con leer las páginas que Zuga dedica al trágico episodio de la madrileña Cárcel Modelo. Incluso en esto fue el bilbalino un profeta anticipado del imprescindible proyecto de reconciliación nacional; la cual, evidentemente, no significa ignorancia, ni tampoco olvido, sino conocimiento en profundidad y examen de conciencia a escala nacional. El proyecto todavía está pendiente; como Zugazagoitia sabía bien es la única forma eficaz de combatir y liquidar el caínismo que durante tantos años ha ensangrentado el suelo español. Todo esto, y mucho más, encontrará el lector en este libro por tantos motivos ejemplar.

Nada se ahorra, ni nada se escatima. El entusiasmo ante la llegada a Madrid de las Brigadas Internacionales ("¿Quiénes eran y de dónde venían? Llegaban de todos los pueblos y eran... Eran los interna-

cionales de Kieber, de Luckas, de Hans Beimler: polacos, alemanes, franceses, austriacos, checos experimentados en la guerra europea y disciplinados con una moral de victoria. Rebeldes expulsados de su patria, trabajadores sin nacionalidad oficial, hombres con un pasado lleno de dolor y con un porvenir incierto"). La indignación ante el asesinato de Andrés Nin y su negativa a admitir versiones encubridoras ("Para mí, la vida humana tiene un precio altísimo, y si comienzo por admitir la existencia de la Gestapo, la historia que comienza con el secuestro de Nin tendrá infinidad de capítulos sangrientos"). La inmensa amargura, teñida de esperanza todavía, a las puertas mismas de la

cen firmemente unidos en la defensa de sus derechos imprescriptibles. Saludan al Ejército de Mar, Tierra y Aire, y ratifican su confianza invariable en el porvenir glorioso y libre de la patria española" (21).

Como rezaba el parte famoso, la guerra había terminado. Comenzaba, con la impuesta rendición incondicional, un largo período de paz incivil. Para los vencidos, el margen de posibilidades era mínimo: la cárcel, el pelotón de ejecución o el exilio. Entre estos últimos iba a Francia Julián Zugazagoitia. Allí, por poco tiempo, reanudó su trabajo periodístico, gracias a la colaboración en la prensa de Buenos Aires. También, en aquellos meses que siguieron al de abril de 1939, concluiría su obra, su crónica personal de la guerra civil, que un año después vería la luz en la República Argentina. Una crónica hecha sobre la marcha misma de los acontecimientos; sin justificación de posturas personales; sin distanciamientos históricos que difuminan los recuerdos o aureolan el día a día. El relato de un testigo honesto que sólo tenía un compromiso: el que le unía a España. Incluso se le arrebataría el tiempo para reflexionar sobre lo escrito.

La gran noche parda se había extendido por Europa. Francia había dejado de ser el santuario, que nunca o en muy contados casos fue tierra generosa de asilo, para los refugiados españoles. En los relojes europeos sonaba la hora de los cuchillos largos; no había frontera para el crimen, ni cuartel para el demócrata. Europa era un campo abierto donde toda conspiración se alzaba con la misma meta: la aniquilación física, el exterminio, del rival ya derrotado. En París, que no era la Ciudad Luz, Julián Zugazagoitia fue detenido por la Gestapo. Luis I. Rodríguez, embajador mexicano en la capital francesa, dejó testimonio en su libro *Ballet de sangre*, de la respuesta de Zugazagoitia al oficial alemán que le interrogaba sobre su participación en la guerra civil: "Yo he sido con todo derecho y con toda dignidad, ministro del Interior de la República española, que fue legalmente reconocida por todos los países del mundo. Recabo de usted, no para mi modesta persona, sino para la dignidad del cargo y del régimen que he representado, los obligados respetos".

La Gestapo entregaría a Julián Zugazagoitia, como a tantos otros, a la Policía del nuevo Estado español. ¿Qué pensaría Julián Zugazagoitia, al regresar a la madrileña Puerta del Sol, a los locales de la Dirección General de Seguridad donde había tenido su despacho ministerial? ¿Recordaría los nombres de Rafael Sánchez Mazas, de Raimundo Fernández-Cuesta o de Wenceslao Fernández, entre los tantos que a él debían su vida? ¿Es que no hubo, entre los vencedores,

ninguna voz que se alzase, ningún eco a la ecuanimidad de Zugazagoitia frente a la muerte de José Antonio Primo de Rivera?

La única paz que hubo para Zuga, para Peiró, para Companys... fue la del fusilamiento. Aún le quedaba por protagonizar la última página de su historia de la guerra civil, la de su muerte. Aquella que, como en el verso de Antonio Machado, pesaba, ¿pesa todavía?, sobre todos nosotros. En el año 1941, una de las dos Españas le helaba el corazón a Julián Zugazagoitia. Pero un libro es un hombre; y hoy, Zuga resucita en España.

■ R. M.

(1) Cfr., principalmente, la introducción y notas de Marta Bizarro a G. Mario de Coca, *Anti-caballero. Crítica marxista de la bolchevización del Partido Socialista (1930-1938)*, Madrid, 1976.

(2) En la columna biográfica publicada en la *Crónica de la guerra española*, dirigida por R. de la Cierva, Editorial Codex, Madrid, 1966, tomo II, pág. 314, se indica como fecha de nacimiento de J. Zugazagoitia la de 1893. Pero Juan Pablo Fusó, en su introducción a *Pablo Iglesias: una vida heroica*, reimpreso en 1976, Akal Editor, Madrid, en pág. 29, nota 71, escribe: "No me ha sido posible hallar la fecha de nacimiento de Zugazagoitia. Al ser nombrado ministro de Gobernación en mayo de 1937, ABC afirmaba que tenía treinta y siete años. ABC, 18 de mayo de 1937".

(3) Aparte de la biografía citada en la nota segunda, Zugazagoitia escribió y publicó otras dos: *Pablo Iglesias. De su vida y de su obra*, Valencia, 1931, reimpreso en 1969, y *Pablo Iglesias. Vida y trabajos de un obrero socialista*, Madrid, 1935, segunda edición, Barcelona, 1938. Sobre la figura del líder socialista, en general, vid. la revista *Sistema*, "Número monográfico sobre Pablo Iglesias en el cincuenta aniversario de su muerte", octubre, 1975, número 11.

(4) *Rusia al día*, Editorial España, Madrid, 1933.

(5) "Rusia: Notas de andar y ver", *Leviatán*, número 3 (julio, 1934), págs. 27-31. Sólo dos artículos publicó Zugazagoitia en la revista (dirigida por Luis Araquistain; el otro, "Las raíces del nacionalismo vasco", *Leviatán*, número 1 (mayo, 1934), págs. 74-79. También se le atribuye la crítica al libro de Paul Einzig, *Fundamentos económicos del fascismo*, en la revista citada.

(6) *Una vida anónima*, Javier Morata Editor, Madrid, 1927.

(7) Pablo Gil Casado, *La novela social española*, Seix Barral, segunda edición, Barcelona, 1973, pág. 305: "Fermín Olarte, cuenta su vida; sus actividades tanto sindicales como laborales, sus conflictos conyugales, expone sus actividades ante el trabajo, el capitalismo, la sociedad, la equidad social...".

(8) P. Gil Casado, *op. cit.*, pág. 307.

(9) *El botín*, Editorial Historia Nueva, colección La Novela Social, Madrid, 1929, pág. 294.

(10) *El asalto*, Editorial España, Madrid, 1930.

(11) P. Gil Casado, *op. cit.*, pág. 307.

(12) Indalecio Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...*, Ediciones El Sílo, México, 1970, volumen II.

(13) Manuel Azaña, *Obras Completas*, Ediciones Oasis, México, tomo IV, "Memorias políticas y de guerra", pág. 606, escribe: "Sin ser un periodista sobresaliente, ni mucho menos, es discreto, sesudo y razonable, muy apto para el público a que se dirige, necesitado de cierta machaconería. Lo malo es que a veces pretende 'hacer estilo', y debe creer, y otros lo creen sin duda, que es muy bueno".

(14) Juan Marichal, "Ciencia y gobierno. La significación histórica de Juan Negrín", *Triunfo*, número 612 (22 de junio de 1974). En reciente entrevista, Juan Marichal se ha referido a Juan Negrín en los tér-

minos siguientes: "Es, Centro de su generación, el primero que, más que ningún otro, concibe la Historia de España dentro de la Historia universal [...]. Un auténtico intelectual, en el sentido más restringido del término: un pensador que buscaba la aplicación de sus ideas a la realidad humana, que elaboraba sus programas y los modificaba con razones circunstanciales. No era un marxista abstracto, pero no tuvo miedo a pactar con los comunistas. Sabía que al hacerlo se movía en terreno peligroso, pero supo ser consecuente con su responsabilidad. Como intelectual de raza, buscó el poder. Fue un político, en fin, de calidad extraordinaria" (*Cambio* 16, 268, 24-30 de enero de 1977, pág. 54).

(15) Mariano Ansó, *Memorias ineludibles. Yo fui ministro de Negrín*, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, pág. 190.

(16) Mariano Ansó, *op. cit.*, escribe sobre las relaciones más íntimas de Juan Negrín, pág. 219: "Sin embargo, para las cuestiones militares Negrín era muy reservado, hasta de ellas un secreto impenetrable conmigo mismo. Su gran confidente en la materia era el general Rojo, con quien se entrevistaba casi diariamente en su despacho en los frentes a los que hacía frecuentes visitas. Su otro interlocutor constante era el secretario general del Ministerio de Guerra, Julián Zugazagoitia, también muy reservado en noticias, juicios y disposiciones de tipo militar. Existía una zona secreta en nuestras actividades que jamás rebasábamos".

(17) Indalecio Prieto, *Confusiones de España*, Ediciones Oasis, México, 1969, tomo III, "Juan Negrín. Un hombre singular", págs. 219-226, dice refiriéndose a las diferencias "que engendraron nuestra enemistad": "Negrín quiso mantener la amistad trabada en 1931. No hay carta de esas en que él no me llame amigo. Fui yo quien le retiré ese título, acaso con excesiva intranquilidad, como luego veremos". Desde el final de la guerra, en el destierro, Prieto se negó a entrevistarse con Negrín; cuando ya ha muerto, al escribir su nota necrológica, Prieto al recordar cómo una intervención de unos negrinistas en la primavera de 1936 posiblemente le salvase la vida, se recrimina: "Gracias a las pistolas de aquel pequeño grupo de viajeros, puedo hoy escribir este artículo que clamo lamentando no haber dado a Negrín el abrazo que tan insistentemente me pidió".

(18) A este respecto, interesa conocer las observaciones de Pablo de Azcárate, en *Mi Embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1976, páginas 61-62, sobre las gestiones de negociación emprendidas personalmente por Azaña a título particular, en octubre de 1936, a espaldas de su propio gobierno.

(19) La reimpresión de París se tituló *Guerra y vicisitudes de los españoles*, fue hecha por la Librería Española, de la calle del Sena, en dos volúmenes, año 1968. Mis páginas de prólogo se debieron a la amistad y a la insistencia del editor Antonio Soriano. Por mi parte, sigo haciendo plenamente mío tanto el prólogo de 1968 como el texto que ahora firmo. El libro se editó, por vez primera, con el título que ahora se reimprime, *Historia de la guerra en España*, en Buenos Aires, 1940, por la Editorial La Vanguardia.

(20) Aparte del libro citado en la nota 18 de Pablo de Azcárate, vid. también de Julio Álvarez del Vayo, *Freedom's battle*, Nueva York, 1940, hay edición castellana posterior, *La guerra empezó en España. Lucha por la libertad*, México, 1940, y también traducción francesa, *Los batallas de la libertad. Mémoires d'un optimiste*, París, 1963; como indica su mismo título, se trata de una compilación de textos tomados de *Freedom's battle* y de *The last optimist* (1950). Asimismo es de lectura apasionante, *En la lucha*, *Memorias*, México, 1976, traducción castellana de *Give me combat* (1973), que en su página primera lleva la siguiente dedicatoria: "Al pueblo de España en su lucha por la libertad".

(21) Congreso de los Diputados, diputación permanente, sesión celebrada el 1 de febrero de 1939 en José María del Valle, *Las instituciones de la República española en el exilio*, Ruedo Ibérico, París, 1967, página 14.

MATERIALES

Crítica de la cultura Enero-Febrero 1977

Rafael Argüelles
Revolución, libertad, verdad. Funciones de la lucha cultural

Manuel Sacristán
Nota sobre el uso de las nociones de razón e irracionalismo por Georg Lukács

Ernesto García
Anotaciones a un debate italiano sobre democracia y socialismo

Rafael Blázquez
La teoría marxista de la revolución proletaria

Documentos
La militancia de cristianos en el Partido Comunista
Alvaro Cebal: Intervención en VIII Congreso de PCP

MATERIALS GAJAK MATERIAIS

director periodista
director periodista
supervisor, socialista
socialista

consejo de redacción
consejo de redacción
redacción, socialista
consejo de redacción

consejo editorial
consejo editorial
aportador, socialista
consejo editorial

esta
edita
aportador de
esta

redacción y administración
redacción y administración
redacción y administración
redacción y administración

precio del ejemplar
precio de 10 ejemplares
a mayor precio
precio de ejemplar

suscripción anual
suscripción anual
oferta de suscripción
suscripción anual

publicación bimestral
hilo bilingüe argentino

Marina Bru

Rafael Argüelles, María-José Azael, Joan Claveria, Antoni Domenech, Paco Fernández Sues, Ramon Garrabou, Jacobo Muñoz, Manuel Sacristán (Cataluña), Xesús Alonso Montero, Abel Caballero (Galicia), Ernesto García (País Valencià), Javier Pérez Ropp (Aragón), Equipo de Trabajo de Euzkadi, Julián Ariza, Daniel Lacalle, Juan Trias Vejarano (Madrid), Oscar Lopes (Portugal).

Lucio Colletti, Valentino Gerratana, Wolfgang Fritz Haug, David MacLellan, Adam Schaef, Goran Therborn

Materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones

Escolón 21, 4.º piso. Tel.: 212 51 80. Barcelona-8

180 — pes.

1.000 — pes.

publicación bimestral
publicación bimestral

NUEVOS MATERIALES para el debate socialista